

ojos no se cansaban de llorar la pérdida de tan útil miembro para la desolada familia, salió á la calle, y poco menos que se arrojó á sus plantas, corrido y avergonzado, pidiéndole que les evitase por Dios aquel nuevo inesperado ultraje. ¡Cómo le mostraria los techos señoriales, los timbres heráldicos, los nombres antiguos, los campos feraces, los ahorros acumulados por dos ilustres familias para impedir á su casa y á su linaje aquella inútil afrenta! Tener todas las ventajas de una posicion desahogada, todos los prestigios de un nombre ilustre, y verlo tendido en el hospital de los pobres, pordioseando por las encrucijadas de su propio lugar, cosa era, francamente, para trastornar al mas sesudo el seso. Rivadeneira, aunque de pasada, y con su sequedad jesuítica, muestra bien á las claras el horror de la familia ilustre al proceder de su demente hijo. «Comenzó, dice, á pedir limosna de puerta en puerta, para *sustentarse*, contra toda la voluntad de su hermano mayor, que, en esto, le iba á la mano cuanto podia.» ¡Para sustentarse! Tenia el trigo de su cosecha, la harina de sus trigos, el pan de su hogar, la mesa de sus padres, y se iba de puerta en puerta pidiendo á los demás un sustento que misericordiosa le habia procurado la Providencia! Imposible que comieran en paz los suyos la comida de toda la familia, cuando Ignacio tendia la mano inoportuna é inútilmente al vecino, al viajero, al compatriota, á cualquiera encontrado en su camino, para procurarse lo ajeno cuando le sobraba lo propio, y á la vista de su espaciosísimo palacio rico en aposentos y de sus patrimoniales campos henchidos de frutos. Con razon le iba, como refiere Rivadeneira, el hermano sensato, al hermano enfermo, en esto de pedir limosna á la mano; porque no podia darse ni mayor demencia de su parte que demandar lo necesario cuando lo supérfluo le sobraba, y vivir de lo ajeno, cuando podia vivir de lo propio. No, no es obra de caridad, no es obra de piedad, no es obra de santidad, la que así deroga los mas esenciales principios y hiere las mas altas instituciones.

Comenzó Ignacio, despues de todo esto, una obra mas caritativa y mas humana, la obra de adoctrinar á los niños y enseñarles principios religiosos. Con menos razon ciertamente que al tratarse del hospital y de la limosna, contradecía tambien su hermano en esto. No puede aprobarse que teniendo un hombre honrada casa propia se vaya por extraordinario sentimiento al

hospital público; no puede aprobarse que teniendo propiedad sobrada y del acervo comun de los suyos recibida, se vaya en demanda del pan ajeno á pedir una innecesaria, y por lo mismo que innecesaria, viciada limosna. Pero congrega á los niños, doctrinarlos, obra digna y meritoria que merecia la cooperacion y no el anatema de su hermano. Mas este debia temer que si enseñaba Ignacio á las pobres gentes el ejemplo de su propia vida se quedarán los hogares sin familia y los pueblos sin habitantes, entregándose todos en su desordenado entusiasmo, á darse á sí mismos la horrible maceracion y á pedir á los demás el dinero de abundantes y pródidas limosnas. El mayor de los Loyolas, para mejor disuadir al menor, amenazábale con que aun despues de todas sus exageraciones, y aun despues de lo mucho que habia herido la popular atencion, y cobrado famoso renombre con sus extravagancias, se quedaria solo en cuanto abriese la soñada escuela. «Si solo un niño, respondió Ignacio, viene á oír la doctrina, lo tendré yo por un excelente auditorio para mí.» Y no haciendo caso del contradictorio juicio que con humana prudencia su hermano le oponia, comenzó á enseñar la doctrina cristiana y obtuvo atento y numeroso auditorio.

En esto sí que su hermano se equivocara. En todo pueblo, la palabra ejerce poderoso influjo. Si esta palabra cae de los labios de un hombre tan famoso por las aventuras de su vida y por las contradicciones de su historia, naturalmente, se aquista numeroso público y despierta universal entusiasmo. Su sayal de penitente, su aire de místico, su historia de aventurero, las heridas del combate militar mezcladas con las heridas del ascético empeño, su habitacion en el hospital de los pobres, su hábito de pedir limosna por las calles, adquiríanle numerosos prosélitos, captábanle ardientes adhesiones, atraíanle mucho público y auditorio, pues lo mismo que heria el corazon de su familia heria la mente del mundo y le ayudaba con votos y fuerzas á componer su extraña sociedad. Así no debe maravillarnos que concurriera entonces tanto número de gentes á sus sermones. Las villas y aldeas circunvecinas se despoblaban; el valle de Azpeitia no podia contener el concurso; predicaba en los campos y al aire libre reuniendo las gentes por grandes grupos y diciendo tal número de oraciones por día que al fin y al cabo se agotaban sus fuerzas con tan prodigiosos trabajos. No se contentaba

con afear los pecados de los demás, hacia pública confesion y contaba sin reserva y sin escrúpulo sus propios pecados y su pasada vida. Y como quiera que esta fuese dramática é interesante, añadía, como era natural, carácter dramático á los discursos. Su propio hermano, que no queria oír hablar de la profesion de Ignacio, lamentando aun la pérdida de su profesion militar y la triste ausencia de la castellana corte, iba de suyo á oírle, y no salía desagradado de la frecuente asistencia personal á sus sermones. El hospicio y la limosna le contrariaban mucho, pero la predicacion acabó por gustarle tanto mas cuanto que veía Guipúzcoa entera colgada y suspensa de los labios de aquel ingrato y queridísimo Benjamin, inútil para su familia, pero útil por algun lado para la humana sociedad. Mas en estos mismos sermones aconteció un caso que no creyéramos, si el Padre Rivadeneira no lo contara con su natural fidelidad, mucho mas de creer, cuando dice cosas que no favorecen al idolatrado maestro, asunto de su obra y objeto verdadero de una increíble apoteosis destinada por los suyos á edificar el mundo con las virtudes sobrenaturales del fundador y á preparar en la Iglesia y á justificar su anhelada beatificacion.

Conociendo Rivadeneira lo grave del caso y lo arriesgado del cuento, invoca el valiosísimo recuerdo de San Agustin para cohonestar la mitad de la vida con la otra mitad y poner el perdon de faltas y pecados tan imperdonables á cargo del sacratísimo tribunal de la penitencia, que todo lo absuelve y todo lo perdona, con la condicion única de un arrepentimiento, siquier sea forzado y tardío. Cuando, en sus meditaciones, examinaba, escudriñándola en sus repliegues menores, la vida toda entera, sálale al encuentro un hecho capital que, á la verdad, era para inspirarle hondos y amargos remordimientos. Entre las primeras cosas que le habian llevado al valle de Azpeitia, contábase la necesidad para su corazon de confesar públicamente la ofensa y rescatarla pidiendo perdon al único autorizado para perdonarla, al ofendido con mortal y eterna herida. ¡Cuán tormentosa y difícil vida Ignacio arrastraría en sus mocedades, cuando entraba en jácara y jolgorio con sus compañeros y amigos por las haciendas ajenas, y recogía las frutas segun lo demandaba el gusto, sin curarse del delito que cometía ni mucho menos de la propiedad que atropellaba! Mas no para en esto su perversidad, que tal

nombre no hubiera merecido de reducirse á simple calaverada de jóven y de militar en último resultado. Pero dióse ¡oh! el horrible siguiente caso. Las sospechas del propietario despojado y los procedimientos del juicio oficial, recayeron sobre un pobre hombre, de todo inocente, y al cual, por estas sospechas, le vino gran daño, detrimento y mengua en su libertad, en su hacienda y en su honra. Segun se infiere de las palabras mismas que pronuncian los mas entusiastas biógrafos, el infeliz acusado no volvió á levantar cabeza tras aquel terrible suceso, que aun pueden pasarse con el tiempo los castigos mas ó menos duros y mas ó menos largos de la falible justicia humana, pero no se pasan nunca las manchas indelebles extendidas por una sentencia, siquier injusta, sobre la frágil y empañable superficie del honor humano y del renombre social. Ignacio confesó la culpa, y declaró quién fuera la víctima de sus criminales ligerezas, pidiéndole con las manos cruzadas y la voluntad arrepentida, su olvido y su perdon. Bastará lo que hizo para ser perdonado ante un tribunal tan misericordioso como el tribunal de la penitencia, pero no basta, no, para ser perdonado ante un tribunal tan severo como el tribunal de la historia. Pase la calaverada del asalto á la fruta del cercado ajeno, pase como ligereza propia del jóven aturdido y calaveresco en competencia de valor con sus camaradas ó en vena de ofrecer cualquier presente despues de ruidosas serenatas á la tierna niña objeto de sus cantares y de sus amores; todo esto, nada tiene de punible, nada que subleve la conciencia mas clara ni el corazon mas austero; pero consentir que un inocente pague por nosotros, y consentirlo en silencio, cuando el dolor y el remordimiento impelen, no solo á las naturalezas generosas, á las mismas naturalezas vulgares, por poca conciencia que tengan, al requerimiento de la verdadera responsabilidad; consentir todo esto, acusa una perversion moral muy honda, y deja sobre la fama de quien así ha procedido una mancha indeleble y extensa. ¿Cómo? Ha perdido un padre de familia su libertad, un hombre honrado su honor, un jornalero cualquiera ó un propietario el fruto de su trabajo y de su hacienda ¡oh! y no se le ocurre á quien le ha perdido salvarle, por lo menos socorrerle á la oportuna hora en el deshecho naufragio de su vida ya sin precio y sin valor, como vida sin honra. El año 35 pronunció tal sermon el santo. Supongamos que cometiera su

calaverada en la edad de quince años. Pues ha dejado pasar mas de veinte sin satisfacer ni á la propia conciencia, ni al infeliz ofendido. Muchas virtudes podrá tener San Ignacio; pero todas ellas sumadas no darán la oscuridad y la protervia de tal hecho.

Como no queremos que se crea invencion nuestra cuanto vamos diciendo, copiaremos las palabras del evangelista jesuítico, aclamado por todos los de su orden como el clásico y veraz por excelencia entre los historiadores de Loyola. «Y era el caso que, siendo mozo, habia entrado con ciertos compañeros en cierta heredad, y tomado alguna cantidad de fruta con daño del dueño, el cual, por no saber el malhechor, hizo prender con falsa sospecha á un pobre hombre, y le tuvo muchos dias preso, y quedó *infamado y con menoscabo de su honra y hacienda.*» Dos atenuaciones pone á esta gran falta el historiador jesuítico. Primera su travesura de muchacho; y segunda el haber hecho cosas análogas en su vida mundana San Agustín y otros santos. Dos expiaciones creyó justas y válidas San Ignacio. Primera nombrar al inocente desde el púlpito pidiéndole perdon y declarándose á sí mismo culpado. Segunda darle dos heredades que tenia y dárselas delante de todo el mundo. Pero convengamos en que rescate tan tardío no lava, no, á Ignacio de su implacable dureza, mejor dijéramos, de su indecible crueldad, consintiendo el largo y espesísimo eclipse de su honrado nombre y la pérdida de su estimacion y de su fama en el mundo.

No se contentó con predicar la doctrina en aquel pueblo regido por venerandas costumbres, donde los municipios tenian carácter de poder legislativo, gobernados como estaban por sus antiguas costumbres; trató de que los gobernadores y jueces hiciesen rigurosas leyes contra los dos vicios mas arraigados en esta sazón por Guipúzcoa, contra el juego, extendido entre la generalidad de los ciudadanos, y contra las deshonestidades y escándalos amorosos de la generalidad del clero. Cuenta Rivadeneira que la casa de los eclesiásticos se habia convertido entonces en verdadero burdel. El precepto canónico del celibato, por tal manera se violaba, que parecian casados, á guisa de pastores protestantes, los curas católicos de Azpeitia. Como estuviese mandado que las doncellas anduviesen por dó quier con el cabello al aire y sin tocado para distinguirlas de las casadas, tocábanse las amas de los

clérigos como si fuesen esposas honestas y enorgullecíanse de la fidelidad al sacrílego marido con quien yacian como si la Iglesia hubiera legitimado su lecho y bendecido su union y su familia en desprecio de todas las leyes canónicas y con daño manifiesto de la religion y de las costumbres.

La verdad es que la donacion de dos haciendas hechas al pobre infeliz pagador de los devaneos de su juventud, prueban como Ignacio iba, no solo á restaurar sus fuerzas, sino á procurar algun provecho tambien á su Compañía entonces incipiente. Sus biógrafos mas acreditados, convienen á una en que vino á España con motivo de sus negocios particulares y de los negocios de sus compañeros. Verdad es que nunca tuvo dinero; verdad que fué de puerta en puerta pidiendo limosna; verdad que no tocó para sí ni de lo perteneciente á él, ni de lo perteneciente á los demás; pero verdad tambien, y verdad manifiesta, que para todo jesuita, la pobreza individual, como la humildad individual, no empece al magno poder y al máximo esplendor de la orgullosa Compañía. Y ya empezaba entonces, por motivo y razon de los escarmientos sufridos y de las propensiones realistas, á dar un ministerio á la utilidad, con el cual antes no habian de ninguna manera ni en ninguna ocasion soñado. De todos modos, tras una enfermedad que le apretara mucho, decidió partirse «á concluir los negocios de sus compañeros». Y aquí brotó nueva contienda con su hermano, y contienda muy justificada. Quería irse á pié, sin compañía y sin dinero. Contaba por todo viático aquel infeliz con las limosnas deparadas por la caridad pública; y esto le llegaba hasta el alma ciertamente á su infeliz hermano y le partía el corazón en pedazos. Teniendo Ignacio familia, no hacia caso de ella; teniendo casa y hogar, habitaba el hogar y la casa de los pobres; teniendo peculio propio, vivía del peculio ajeno; teniendo cuanto la Providencia puede procurar á un hombre, se andaba por calles y por plazas en pos de una caridad baldía é innecesaria, porque para nada, él, sobrado de todo, habíala menester: reflexiones del sentido comun y del sentido moral, que no penetraban por ningun camino en la cabeza del penitente. Ya la paciencia de su hermano se agotó y opúsose con todas sus fuerzas á que saliese del pueblo donde tenia su palacio solariego, sin caballo y sin dinero. Mucho debió porfiar, cuando pudo conseguir que se diese á partido el testarudo penitente. La memoria de sus pa-